PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

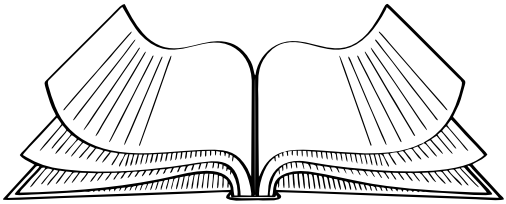
OCTUBRE-NOVIEMBRE
2026

EJEMPLAR GRATUITO



No. 64


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO
Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:
CURSO DE APRECIACIÓN LITERARIA
TALLER DE ESCRITURA CREATIVA
CURSO DE ANTROPOLOGÍA LITERARIA
TALLER DE LECTURA
Para más información escribe a:
CONTACTO@PORESCRITO.ORG



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 64

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Derviche
Luis Urbina 7

Maneras
Noelia Ivana Avellaneda 8

Gerbera
Elihu Conde 9

Mujer que
JEEC 11

Mortal
Dav Brizuela 13

Voyeur de Vivienda Rural
DianEla 14

D
Alberto Badulaque Laorrabaquio 13

1.
Andrea Bernal 18

FIRMAS

Yo no quise olvidarte
Cecilia Durán Mena 20

El sol es irascible
Andrea Fischer 22

El espejo de la culpa: fantasmas, mística y purgatorio en la Nueva España
Fernando Montoya 26

IMAGINARIO

Respirar para conectar. Tepoztlán, Morelos
Jess MR 33

Punto de encuentro
Itzayana SGC 34

Cacomixtle letrado
Ignacio Navarro 35

Sariguella, el mundo se va a acabar
Ignacio Navarro 36

Y en ese momento, cruzamos miradas, somos parte del mismo universo. Tepoztlán, Morelos
Jess MR 37

Tu partida dejó esa huella, esa huella que queda marcada con recuerdos, con aventuras y reflexiones, fuiste el mejor compañero de vida y se queda algún día volveremos a encontrarnos. Te amo mi perrito Simba Revelo,
Jess MR 38

VOCES

Yaqui cuaja o cuaja
José Aristóbulo Ramírez Barrero 39

La niña que jugaba
Daniel Collazo 47

La última palabra
Vanessa Montañés 55

PALABREJA

Palabreja 57

El Chapuzas
Cecilia Durán Mena 58

Hablando por escrito

Leer nos produce cambios. El gran Carlos Fuentes decía que no somos los mismos antes de leer un libro que al terminarlo. Es cierto, la lectura nos transforma. Claro que hay todo tipo de transformaciones: algunas son de esas que producen movimientos abruptos, hay las que nos llevan a un cambio inesperado y otras son variaciones casi imperceptibles. Lo cierto es que siempre cambiamos.

Por eso, creo que leer implica un reto que hay que enfrentar con valor. Es posible que a partir de un texto, miremos algo desde una diferente perspectiva. Lo mismo lo que amamos que lo que odiamos, lo que nos gusta y lo que aborrecemos, todo lo que hemos creído y defendido puede moverse de lugar: un sueño, la forma en la que vemos un atardecer, lo que nos evoca un olor, la manera en la que sentimos el dolor y hasta el sabor del chocolate puede volverse algo inesperado.

Nos pasa, nos ha sucedido a todos. Quizás, cuando vamos caminando despreocupadamente por la calle, pensando en nada en particular y escuchamos un estallido o la tierra se mueve debajo de nuestros pies o escuchamos a alguien gritar nuestro nombre, pasa. Algo se detiene. Nuestro monólogo interno se calla, el poder de nuestra atención se va a otro lugar y las señales de alerta se encienden en nuestro tablero de control. Sabemos a lo que me refiero.

Eso es lo que los escritores hacemos. Creamos momentos de cambio. Generamos situaciones que implican un misterio que debe ser resuelto. Se trata de producir ese escalofrío que nos sorprende. Nos lo causan las musas cuando apelan a la cólera de Aquiles, lo mismo que cuando Dolores Preciado manda a su hijo a Comala a buscar a su padre a reclamar todo y tanto que les ha quitado.

La intención es que sientas el fuego que se imprimió en la página en la que aparece un poema, el recuerdo que se inflama al entender lo que nos quiso decir ese relato corto —porque también lo hemos vivido en carne propia—, las ideas que se revelaron en ese cuento que nos permitió encontrar una respuesta largamente buscada. Eso es leer.

Se nos eriza la piel al sentir que la temperatura del ambiente baja en presencia de cierto personaje, entendemos por qué se le enciende una cicatriz a un narrador si alguien no comparte su punto de vista y sudamos la gota gorda cuando participamos en una corretiza junto

con los héroes y villanos de este o aquel texto. Nos duele la flecha que entra en el talón del guerrero, sufrimos la ausencia del marido que tarda veinte años en volver y nos conmovemos ante la figura de un niño nacido en un pesebre.

Hacemos lo que la página no puede: odiamos, amamos, tememos, nos cansamos. Sentimos. Leer nos hace humanos. Esa es nuestra batalla y vamos ganando. Por eso, seguimos y seguiremos atrapando lectores y escritores para nunca dejarlos ir. Son años los que hemos acumulado llevando a cabo esta misión.

Convocar a esas mentes para poner en marcha a nuestras neuronas. Empezar a leer, que siempre es lo más emocionante porque tenemos esperanza en lo que los personajes harán y no harán, dudamos de cuál será la dirección que tomará el relato y confirmaremos si nuestras sospechas fueron o no válidas. Deduciremos los secretos que guardan los protagonistas y entenderemos las pistas que nos dejan las apariciones secundarias y circunstanciales de esta o aquella figura.

Al finalizar la lectura, sabremos qué tan cerca o qué tan lejos estábamos de aquello que iría a suceder y al mismo tiempo, qué tan cerca o qué tan lejos alcanzamos a llegar. Vamos, qué tan profundo fue el cambio.

Convocamos la curiosidad, nuestras redes neuronales se encenderán y ¿por qué no? Saciaremos una sed que tal vez, mi querido lector, no sabías que estaba albergada en tu cuerpo. Sí, cambiamos y cambiaremos.

Por eso, y por tanto, con ustedes ponemos ante sus ojos Pretextos Literarios Por Escrito.

La editora general

Derviche

Luis Urbina

De tal escualidez, miro y despliego
el siguiente escrutinio: ante estos ojos
un místico danzante exhibe arrojos
en el trance sin tránsito andariego
giróvago. Su baile es como un ruego
moviendo las holandas y despojos
donde la libertad ponen de hinojos.
Queda flaca como él, penando luego
envuelto en la Yihad bajo la espada
mientras de la paz nos habla la Sharia.
Del sarraceno, cuando mucho admiro:
¿Alguna cimitarra o una avanzada
de esa religión la fiel partidaria?
Baila el Sufi con giro giro giro.



Ilustración por Brenda Terán

Maneras

Noelia Ivana Avellaneda



Un cuadradito de sombra
para ti, para mí.
Una estrecha escalera
para subir mis ganas
de ti, de mí.
Aquel destello que baja y sube
por el cemento de mis rodeos
llega justo donde asomas tú,
que no es *ti.*
Si volviera a verte
huiría.
Puesto que soy cobarde.
Cobarde nace
de alcoba que arde.
Mas no se trata de clases sociales,
sino de sociales clases para tratarse.
Mientras *ti* me censura
tú me descubres.
De *ti* me aprisiono
y a *tú* lo invoco.

Ilustración por Brenda Terán

Gerbera

Elihu Conde

Gerbera de mi color, ¿en dónde creces?
En donde naces, yo cultivo poesías.
En donde mueres, yo riego lágrimas.
Lágrimas ni saladas ni de agua
sino lágrimas de alguien más.
Porque las mías te las llevas.
Absorbido con tu querer, con tu sonrisa
con el mapa infinito de tu espalda
con tu mano en la mía.
¿De qué me sirve la poesía si no la vivo contigo?
¿De qué me sirve si no la escribo en tu brazo?
El problema de la poesía
no es la poesía, es el riesgo de hacerla.
Conozco el riesgo: Te aprendo.
Me despeinas y te peino.
Eternamente. Destinados. Condenados.
¿De qué me sirve la poesía si no puedo perderme en tus bosques?
¿De qué me sirve la poesía si no me convierte en gerberas?
¿Poesía?, ¿para qué?



Ilustración por Brenda Terán

Mujer que

JEEC

Hoy te escribo a ti,
mujer que me dio la vida y luchó por ella.
Mujer que me vio crecer con amor, aunque muchas veces no se sintiera amada.
Mujer que lloró frente a mí cuando ya no podía más.
Mujer que me amó, incluso cuando la lastimé.
Mujer que me acompañó durante mis penas y siempre escuchó lo que tenía que decir.
Mujer que me amó.

Hoy te escribo a ti,
mujer que sigue trabajando por una vida mejor.
Mujer que sigue amando con todo su corazón.
Mujer que perdona, pero no olvida.
Mujer que cambia el mundo.
Mujer que cambió mi mundo.

Hoy celebro por ti, porque no bajaste las manos.
Hoy celebro por ti, porque tu sacrificio no fue en vano.
Hoy te recuerdo cuando muchos te olvidaron.

Hoy te escribo a ti,
mujer de carne y hueso.



Ilustración por Brenda Terán

Mortal

Dav Brizuela



Un paraíso vacío de ti
no es más que un insoportable infierno.
Un paraíso débil y ajado…
Si al llamarme el Creador
no te encuentro a su lado,
busco bajar las escaleras,
elijo el padecimiento eterno.
Si estoy encadenada arriba, atada del tobillo,
estaría tumbada en las nubes con las alas rotas,
intentando escapar, ¡escapar!
Llorando chubascos eternamente;
no sería buen tiempo para nadie.
Mis sollozos abrirían la tierra
y despertarían volcanes.
Mis lamentos serían como silbidos entre palmeras,
que sacuden y sacuden hasta arrasarlo todo.
Capaz de romper el paraíso,
de desatar el apocalipsis,
de ser una amenaza cósmica…
Pero no quiero llevarme al mundo por los cuernos,
no quiero destruir…
Te quiero a ti, mortal.

Ilustración por Brenda Terán

Voyeur de Vivienda Rural

DianEla

Atisbar, merodear, penetrar… Mediante mi presencia en los espacios, adueñarme de una vida que no me pertenece.

Jugar a ser ellos, tras el romántico filtro de vivir en el campo, cercana, amistosa al medio natural.

Me esbozo simple, genuina, ligera, falta de frivolidad.

Pero no encuentro momentos de ocio, ni el privilegio de una pieza privada. En cambio he de esforzar mis pasos, mis manos, ante la mínima necesidad… beber agua, mear.

Afuera, en veredas lejanas o calles cercanas, estar sujeta a encuentros constantes de habitantes con nombre, que desgarren con su mirada, mi telón de soledad.

Elijo volver a mi urbana morada, sintiéndome libre a puerta cerrada, congratularme con mis juguetes de adulta global.

Decido habitar esa casa de tierra bajo el acuerdo de, hace cien años, quizá…



Ilustración por Brenda Terán

D

Alberto Badulaque Laorrabaquio

Dicen los catequistas romanos
(Muy amables, cordiales, ufanos)
Que a nuestros padres… ¡Debemos perdonar!
Yo me pregunto: ¿A dónde quieren llegar?
Que yo sepa (Y el padre nuestro lo sé)
Dice: Perdona nuestras deudas,
Como también perdonamos a nuestros deudores.
(Lo de ofensas, vino después, y mal planteado,
Porque es el lógico resultado,
Que el bien que no hicimos,
Se quede en la zona del olvido)
Pues bien, suponiendo que fuera ofensa,
¿En qué sentido?, mi gente
El enseñar a leer o escribir, ofende…
Salvo para los convencidos y creídos,
Que eso es un delito y merece castigo.
Los gobiernos nos quieren ignorantes…
Los catequistas, al parecer también,
Los medios de comunicación, también,

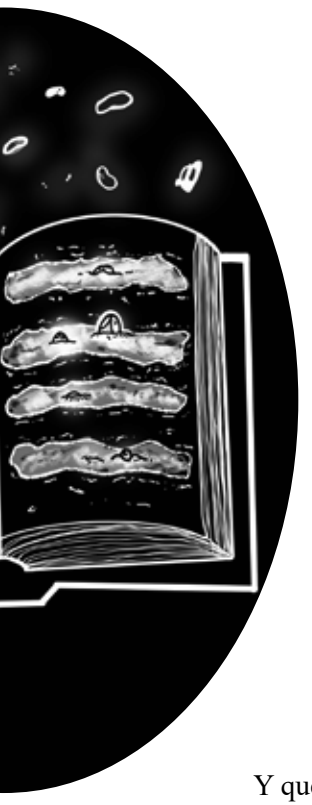




Y nos privan así del mensaje,
Y ellos son entonces, como un calambre.
Dijo, pues, Dimas a Gestas,
¿Acaso son ofensas esas?
Ahora se ve lo nunca visto,
Que leer y escribir es un delito.
Lo es, sí, para quienes tienen corazón marchito.
Mi madre me dio alas para volar,
Los libros son cumbres silenciosas,
Y, a su vez, flores olorosas,
Que dejan su dulce fragancia,
Y envuelven el alma.
¡Obtusos catequistas romanos!
¿Podréis quitar las alas?
¿Siempre que es necesario?
Ahora entiendo el índice de libros prohibidos
Que fue obra de sus tenebrosas manos,
Y que Evangelio anuncian a almas indolentes,
Y siempre salís por la tangente,
Cuando su ignorancia les compromete.
De mi madre supe el pan que le dices pita,
Y que se ha de comerse caliente,

Del sabor del queso, del jocoque,
Y del mestizaje del cabrito y el mixiote.
De mi madre supe el gusto del tabulé,
De los shawarmas y los dedos de novia,
Aunque tardéis horas,
Queriendo suprimir su legado.
De mi madre, y lo digo, vanagloriado,
Supe el valor de las plantas que siembro,
Y del valor terapéutico que niegan con denuedo.
Quédense con sus estatuas mudas, y su ego inflado,
Pues los íconos y los troparios,
Nunca entrarán en su abecedario.
Ni las leyes de Moisés,
Llegan a su lenguaje culinario,
Pues, a buen recaudo, el cerdo es ingerido
De forma invariable, y con mal cometido,





Que los ayunos se quedan en el olvido,
Y en su cocina no hay nada del olivo.
De mi madre vino la vid, el olivo,
El durazno, y mucho de lo que es temido.
Que vuestras inquisiciones hablan de impío,
Y, sin embargo, para nos es bien nacido.
Mas bien, que Dios les perdone a ustedes,
Y a quienes los oyen,
Porque mi madre dejó la semilla,
Que llegó a fruto, y que vino a la mesa servida,
Y que el crédito se lo adjudican,
Que se arrojan con hijos de la mala vida.
No seré yo quien, de perlas a los cerdos,
Para que las pisoteen, y se pongan contra nos.
Adiós, y quédense con su banquete puesto,
Y que se ore un Padre Nuestro por su alma sin sustento.

Ilustraciones por Pao Cast

1.

Andrea Bernal



Extranjera

caminas

en el jardín exótico,

sin falsificar los dos tiempos,

las edades.

Has viajado cuarenta veces

en circular,

para llegar al mismo punto del Ródano.

En Oká te perdiste

y en Paraná te quedaste quieta

al fin,

entre los ceibos,

como una flor con imperdible.

Ilustración por Cinco Letras


CURSO DE
ANTROPOLOGÍA LITERARIA
Para más información escríbenos:
contacto@porescrito.org
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Yo no quise olvidarte

Cecilia Durán Mena

De la nube sale una mano, da igual. Me da lo mismo si lo crees o si no lo crees. La mano dibuja en el cielo una escalera y yo, cada vez más ciego, más sordo y más amargo, no alcanzo a entender si se espera que suba esos escalones o si vas a bajar del cielo y te podré ver.

Hay tanto silencio que se oye el tiempo, ese que nos separó hace años, ese que me dejó entumecido y a ti te llevo tan joven. Del hueco en la nube por el que sale la mano dibujante, se derrama una luz blanca que me llena de polvo.

Te fuiste y quienes te vieron partir no sospecharon que tus manos ya estaban curtidas por mil batallas donde se habían derramado muchas lágrimas. Tampoco imaginaron que aquel desarrapado día se nos arrancaba de los brazos una fuente de promesas y posibilidades. Esas que ya pocos recordamos.

Las palabras sueltas chocan entre sí como canicas y suenan como los granos de aquella sonaja que te compré en el mercado. Mi boca es una gruta enmudecida vacía que se ahonda. No sé qué hacer, mucho menos qué decir. El olvido es como una barranca llena de aromas a gardenias listas para reventar. Olvidar es permitir que el zumbido de mil abejas se anteponga a tu imagen. También, es justo decirlo, es como si un flujo de aguas saltarinas bajara sin congoja del deshielo para desdibujar tu rostro.

Tal vez, necesite bordear la escalera para no bajar más al abismo. Tal vez, si pongo el pie en el escalón pueda atravesar el espejo y dejar esta zona en la que no hay nadie. No hay nadie porque no estás tú. Tal vez, si me concentro bien, logre ver tus manos que entran como rayos de sol cariñosos, reclamando el fin de mis letargos.

Yo no quise olvidarte. Todas las imágenes, las prefiguraciones de ti son bellas y me toman por entero. De todas siento que se desprende algo, algo que me dan y luego me quitan. Acaso sea nada más un sueño. Sueños. Imaginaciones vaporosas, ingrávidas de recuerdos de ti. Pero esas imágenes no son más que ensueños, porque nunca te vi, no te toqué. De haberlo hecho, habría tenido el tiempo entero para amarte. Y, no hay nada en la memoria. Por eso, aunque yo no quise olvidarte, tampoco puedo recordarte.



Ilustración por Brenda Terán

El sol es irascible

Andrea Fischer

1. *Los arrebatos furiosos del Sol*

Me pidió que nos encontráramos un par de días antes. Accedí: pocas veces en la vida, decían los medios, podría apreciarse un fenómeno natural de esa magnitud. Algunos, incluso, lo catalogaron como el evento astronómico del siglo: una sonrisa ominosa en el cielo; un anillo de fuego. Y sí, claro que me dieron ganas de verlo juntos.

Acordamos que nos veríamos en un cafecito que le gustaba mucho en la Roma. Guadalajara 36, cómo no me iba a acordar. Incluso recordé que, la primera vez que fuimos Francisco y yo, el cielo estaba blanco, los árboles desnudos, las calles baldías. Llegué por mi cuenta y, al verme, en lugar de saludarme me preguntó si me gustaba el café cargado. Era invierno, y hacía ese frío discreto que fragmenta el rostro mientras caminas. Lento, casi para que no te des cuenta. En ese momento, me dio igual qué tan cargado estuviera el café.

La cuenta está abierta, me dijo cuando me acerqué a la barra. Pedí cualquier cosa. En la mesa, él ya tenía frente a sí un pan dulce y un espresso a medio tomar. Estaba sentado afuera, con las piernas cruzadas y las manos ocultas debajo de un chaleco pesado. No recuerdo de qué hablamos.

Nuestras conversaciones tendían a ser atropelladas. Casi como si imitáramos el desorden insistente de la Ciudad de México: así como los capitalinos acostumbran a pasarse los altos, Francisco me interrumpía y me cambiaba el tema. Y lo entiendo: yo hacía mercadotecnia para un estudio de wellness; él vendía muebles en la empresa de su familia. Llegó un punto, después de meses, que prefería buscar estrías en el pavimento que molestarme por sus deslices. Me convencí a mí misma de que no era intencional.

Y luego, de la nada, me hacía preguntas mirándome a los ojos. Pareciera que todos los remolinos, todas las explosiones, todos los arrebatos furiosos del Sol se te hubieran impreso en la mirada. Y el Sol es irascible.

2. *Las manchas del Sol*

El Sol tiene manchas negras. Y no como las que nos salen en el rostro a los humanos con piel grasosa, me explicó Francisco alguna vez. Era

astrónomo por gusto, pero había estudiado ingeniería industrial. O algo así, para diseñar muebles. De hecho, me dijo en una ocasión, las manchas solares son tan grandes, que podrían devorar planetas enteros. A veces me daba risa cómo decía las cosas: generalmente no te imaginas a un hombre de voz grave hablando de tormentas geomagnéticas.

Era cuando íbamos por café. Me hablaba de los vórtices de energía monstruosos que se formaban sobre la superficie de nuestra única estrella. En las regiones más frías del Sol, me decía con los ojos encendidos, se hacen agujeros gigantescos que, con los telescopios que existen, parecen más oscuros. Y luego perdía el hilo de la conversación y me hablaba de otras cosas. Honestamente, nunca entendí qué era lo que me llamaba la atención de él. Pero sin duda me desconcertaba ese fulgor furioso en sus ojos.

Era evidente incluso detrás de los marcos pesados de sus lentes. Me descubrí a mí misma viendo las pecas minúsculas que se le habían formado sobre la línea del iris verde. A lo mejor Francisco también tenía manchas solares en los ojos.

3. *Las constelaciones no corresponden*

Primero nos veíamos de vez en cuando. Luego cada semana. Llegó un punto en el que buscábamos excusas para coincidir. Y sí, claro que me hablaba del campo magnético de la Tierra y de otras tantas cosas que para mí eran completamente ajenas. Con el tiempo, empecé a trenzar las cosas que me decía. Resultó que tenía *algo* de sentido.

Caminábamos mucho. Especialmente en la Roma, porque le gustaban esos lugarcitos pretenciosos con café de especialidad. Tal vez también porque a los dos nos quedaba cerca. Cuando le pregunté cuál era su signo del zodiaco, sólo se rio: las constelaciones ya no coinciden con el acomodo de los griegos, me dijo. Y se le encendieron los ojos. Con alguna de aquellas llamaradas en la mirada, me pidió que fuéramos a su departamento. Y no pude decirle que no.



Cogimos lento y nos quedamos en silencio. De pronto se acercaba y, con alguno de los dedos, empezaba a unir los lunares en mis

brazos. Tal vez así encontró cuál era la constelación que correspondía con su fecha de nacimiento. Fue la primera de varias. Con el inicio de la primavera, la intensidad cedió.

Y no nos vimos en semanas.

4. *El fenómeno astronómico del siglo*

Salí de vacaciones en marzo. En todo el tiempo que estuve fuera, me dejó en visto. Después de una semana de silencio, decidí dejar de insistir. Volví a la ciudad y él se fue a España con su familia unos días más tarde. Me enteré por sus historias en Instagram. No logramos coincidir. Y un día, antes de que la luz solar se filtrara por las cortinas del departamento, me llegó un mensaje suyo:

—Te mandé un newsletter que explica todo.

Y sí, eran las 7 de la mañana y en mi bandeja de entrada tenía un correo reenviado sobre los fenómenos astronómicos del mes. El primero de los artículos que venían ligados era exclusivamente sobre dónde ver el fenómeno astronómico del siglo. Lo abrí con cierta desidia, preguntándome a mí misma por qué me importaba ver un eclipse solar. Y lo que es más: por qué tenía que contestarle a un cabrón que se había desaparecido por semanas. Sin mensajes, sin videos en Instagram, sin memes. Nada: como cuando el cielo amanece nublado y no sale el Sol en todo el día.

Honestamente, sigo sin entender por qué leí el artículo completo. Sería el 20 de abril de ese año, y todas las agencias espaciales del planeta lo transmitirían en vivo. Luego me reí. Obviamente, el fenómeno sólo se podría ver en unas islas recónditas de Oceanía, en el último rincón del mundo, donde las tribus originarias de Australia habían esperado el evento por milenios. O algo así.

Dieron las cinco de la tarde:

—Hay que ver el fenómeno juntos.

Un mensaje después de horas de silencio.

Sigo sin entender por qué no le dije que no.

5. *El Sol es irascible*

Nos encontramos otra vez el 18 de abril. En Guadalajara 36, porque le gustaba ese cafecito y yo tenía ganas de pan dulce. Hacía calor, porque la primavera es insoportable en la Ciudad de México. No tuve que pedir nada: él ya había ordenado por mí. Me dio el vaso frío y empezamos a caminar, como si no hubieran sido semanas de silencio, como si no

nos hubiéramos ignorado a propósito, como si el Sol no fuera a ser eclipsado por la Luna como sólo ocurría unas cuántas veces cada siglo.

—Trabajar con el Sol es delicado —me dijo, cuando nos sentamos frente a la Fuente de las Cibeles—. Si miras un eclipse solar directamente, sin protección, podrías quemarte las córneas sin remedio.

Se le encendieron los ojos, como dos vórtices cavernosos. Tal vez así eran las manchas solares en realidad. No supe qué contestar, como me pasaba seguido con él. Después de un silencio, sonrió:

—Lo bueno es que no tendremos que ir hasta Oceanía para verlo.

De una de las bolsas en su chaleco extrajo un par de lentes de papel, con micas oscuras. Me los dio:

—Mínimo, para verlo desde la computadora.

Fuimos a su departamento. El eclipse sería a la misma hora, pero el día siguiente. Pasé al baño. Me di cuenta de que, sobre los hombros, se me marcaban las líneas de los tirantes del brasier, como si me hubiera asoleado mucho.

Ese día me había puesto mangas largas.



Ilustraciones por Kali Warnholtz

El espejo de la culpa: fantasmas, mística y purgatorio en la Nueva España

Fernando Montoya

El límite entre lo cotidiano y lo siniestro en la Nueva España era extraordinariamente poroso: las fronteras del mundo terrenal estaban continuamente atravesadas por la presencia de seres celestiales, apariciones demoníacas y sombras del más allá. En el centro de este teatro, la noche novohispana se abría como una grieta donde la vida doméstica y lo sobrenatural convivían bajo un mismo techo.

Imagine el lector una escena común en alguna casona de la Nueva España: la jornada concluye, las velas se apagan y la familia se recoge en la penumbra del hogar. De pronto, el ambiente se espesa con el aroma a cera derretida y el crujido insólito de las vigas. Entre las penumbras de la estancia no emerge un ángel radiante ni una hueste demoníaca, sino la silueta pálida y reconocible de un difunto familiar o de un ánima en pena que demanda oración, el pago de una manda olvidada o la restitución de una injusticia cometida en vida. Frente a este fenómeno, la familia no reacciona únicamente con pavor instintivo; congregados en torno al lecho o al altar doméstico, los parientes se persignan, rezan el rosario con voz trémula y buscan desentrañar si esa sombra que irrumpe en la intimidad es un alma del purgatorio en busca de sufragios o una ilusión diabólica urdida para perturbar su fe.

Lejos de constituir un grupo aleatorio, quienes afirmaban presenciar visiones pertenecían de forma recurrente a sectores con una sólida formación religiosa y el tiempo necesario para la contemplación, encontrando en la intimidad de las celdas o en la religiosidad laica de beatas y ermitaños el escenario idóneo para el recogimiento, los trances o la aparición de marcas somáticas.

Dentro de la geografía del terror y la devoción novohispana, las paredes de los claustros guardaban un vínculo especialmente estrecho con el Purgatorio. Un ejemplo paradigmático lo documentó Carlos de Sigüenza y Góngora al registrar las manifestaciones acaecidas en el Convento de Jesús María. Según sus crónicas, a medianoche, durante el rezo de los maitines, las sombras de religiosas ya fallecidas emergían en el coro para unirse a la oración comunitaria. Aquella presencia espectral

no buscaba aterrorizar, sino reparar en la eternidad la negligencia terrenal: regresaban del más allá para cumplir con los rezos que la pereza o la tibieza les había impedido saldar en vida, convirtiendo el espacio sagrado del claustro en una extensión directa de las penas del Purgatorio.

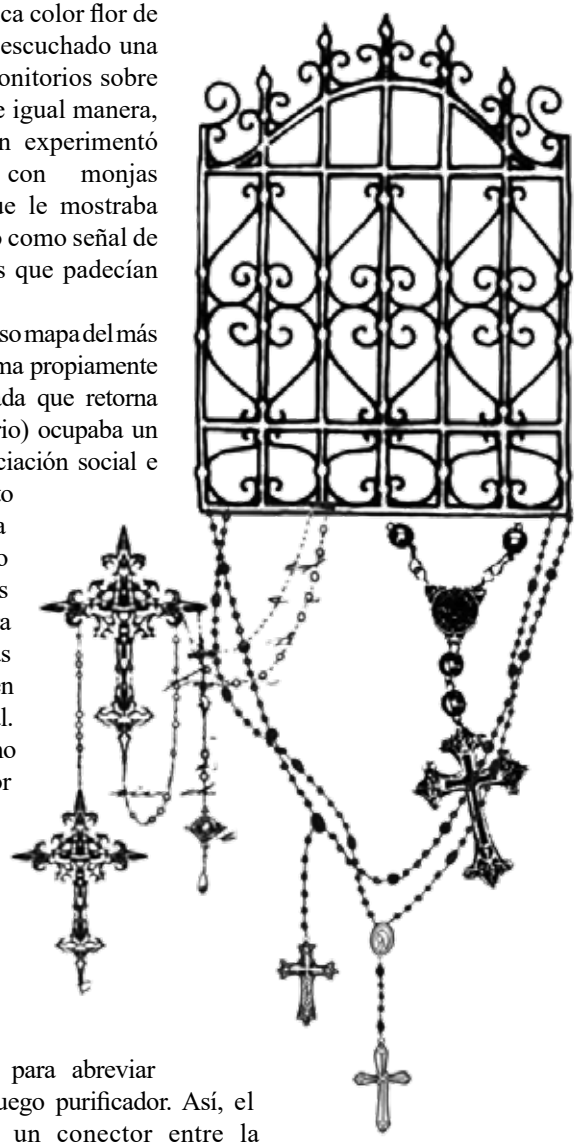
La manifestación del ánima en el espacio conventual no solo respondía a la necesidad de liquidar deudas espirituales, sino que solía inscribirse visiblemente en la propia anatomía del fantasma como un reflejo de su falta. Si en el Convento de Jesús María la obsesión por «parecer bien» llevó a una religiosa a penar por la frivolidad de imponer la moda de las pulseras de azabache, en otros casos el pecado deformaba de manera explícita la apariencia de la difunta. La vanidad terrenal y el desapego a la regla encontraban su castigo en una grotesca correspondencia sensorial: la monja que en vida se distinguió por sus galas regresaba convertida en un espectro cubierto de andrajos, mientras que aquella entregada al gozo desmedido de los «buenos olores» se aparecía con la nariz ennegrecida por la culpa. Así, la falta cometida en la carne se transformaba en el purgatorio novohispano en una marca estética, donde el adorno y el deleite sensorial se volvían estigma visible ante la comunidad de las vivas.

El ámbito de las religiosas de clausura y beatas encarna esta búsqueda de la senda estrecha mediante la mortificación corporal y la renuncia ascética para superar los prejuicios sobre la debilidad de su naturaleza. En algún convento poblano, Sor Isabel de la Encarnación personificó esta vía de expiación extrema tras profesar en 1613, experimentando visiones de senderos espinosos que debía recorrer "hecha pedazos", acompañadas de violentos combates contra huestes demoníacas. En una línea caracterizada por la percepción extrasensorial y la visión interior (mecanismos donde la experiencia no se daba por los sentidos corporales sino como un entendimiento en el alma), Sor María Magdalena, monja del Convento de Corpus Christi, tradujo lo inefable mediante alegorías complejas influenciadas por el bagaje cultural de la época, dejando imágenes como el pozo hondo rodeado de figuras con velo negro y viajes a desiertos con árboles frondosos y matices de azul y naranja.

Fuera de los muros eclesiásticos tradicionales, la experiencia de lo divino y lo espectral también moldeó la trayectoria de laicos, presbíteros y eremitas que mantenían lazos estrechos con la población a través de la predicación o el cuidado de santuarios. El propio presbítero José del Castillo Graxeda dejó en su autobiografía un registro de la percepción sensorial directa, al afirmar haber visto corporalmente al Cristo niño

flotando en el aire con túnica color flor de romero, además de haber escuchado una voz divina y sueños premonitorios sobre la muerte de un amigo. De igual manera, Gaspar Bravo de Alarcón experimentó revelaciones oníricas con monjas carmelitas y un ángel que le mostraba una alpargata, interpretado como señal de las necesidades materiales que padecían las monjas de Puebla.

Sin embargo, en este denso mapa del más allá novohispano, el fantasma propiamente dicho (el alma desencarnada que retorna de la tumba o del purgatorio) ocupaba un espacio de constante negociación social e institucional. Heredera tanto de la tradición grecolatina del espectro insepulto como de las creencias barrocas sobre el purgatorio, la cultura virreinal convirtió a las apariciones de ultratumba en portavoces del orden moral. El espectro novohispano rara vez se manifestaba por mero azar: retornaba porque un voto había quedado sin cumplir, porque una promesa de masa conventual o de restitución económica seguía pendiente, o porque el difunto requería el sufragio de los vivos para abreviar sus padecimientos en el fuego purificador. Así, el fantasma actuaba como un conector entre la culpa terrenal y la justicia divina, recordando a



la comunidad que la muerte no borraba las deudas ni disolvía los lazos sociales.

La contraparte de estas experiencias de origen sobrenatural la constituía la constante amenaza del origen preternatural, producido por el Demonio para engañar a los creyentes. Fray Agustín de la Madre de Dios registró que el maligno solía aparecérsele a los frailes carmelitas de Puebla bajo la forma de una guacamaya durante el rezo del coro con el fin de distraerlos. En el Convento de San Juan de la Penitencia, María de Jesús Felipa denunció en sus cuentas de conciencia que el Demonio adoptaba la figura de frailes franciscanos en sus sueños para burlarse de su hábito de escribir diarios espirituales.

Dado que la descripción de las visiones falsas y verdaderas solía ser casi idéntica en su forma, la Inquisición intervenía para juzgar los casos de iluminación, simulación o herida doctrinal, evaluando la conducta cotidiana y la humildad del sospechoso como criterio definitivo de autenticidad. Los expedientes inquisitoriales, redactados en contextos de sanción, constituyen hoy una ventana inestimable para examinar estos casos de "falsa mística" y de fabulación espectral. Entre ellos destaca el de María Manuela Picazo, condenada en 1712 tras descubrirse que fingía revelaciones para sostener un estilo de vida acomodado sufragado por su confesor, el sacerdote Francisco Garibaldo. Un matiz sobre la presión social se observa en el caso de las cuatro hermanas Romero, quienes confesaron ante el Santo Oficio haber fabricado arrobamientos únicamente para complacer y obtener la aprobación de su padre, Juan Romero Zapata; o en el de Ana Rodríguez de Castro y Arámburu, "La de Castro", procesada en 1802 por simular éxtasis como estrategia de supervivencia frente a la indigencia extrema.

Finalmente, el proceso contra Agustina Josefa de Jesús Vera Villavicencio en 1788 ilustra la llegada de las ideas ilustradas hacia el siglo XVIII, cuando los médicos del Santo Oficio redefinieron la vivencia al concluir que no actuaba por malicia ni posesión, sino que padecía una condición médica catalogada como "melancolía maniática histérica". En la Nueva España, la frontera entre la santidad legítima, el retorno auténtico del ánima y la apertura de un proceso inquisitorial dependía, en última instancia, del rigor ascético demostrado y de la interpretación que las autoridades religiosas y médicas hacían de lo invisible.

Comprender el fantasma novohispano exige reconocer que los muertos jamás estuvieron del todo ausentes. No pertenecían a la ficción de la literatura de terror ni al mero extravío de la mente, sino que constituían una certeza real sobre la que descansaban los temores, las instituciones y la memoria colectiva del virreinato. El espectro era el espejo en que la sociedad novohispana contemplaba sus propias culpas, sus compromisos inconclusos y el frágil puente que une a los vivos con el abismo de la eternidad.



Ilustraciones por Diana Sánchez


ALEKTRION
REFLEJOS EN LA ALBERCA
CECILIA DURÁN MENA
EPISODIO 1
EVA, SIEMPRE EN MEDIO
EVA SIEMPRE HA SIDO PERSEGUIDA POR LA FANTASÍA HASTA QUE REGRESA A LA REALIDAD.
ESCANEA EL CÓDIGO Y SIGUE LA HISTORIA ...


ALECTRION
FLOR DE ARAÑUELA
CECILIA DURÁN MENA
UNA IGLESIA, UNA FAMILIA Y UN PASADO QUE NO DEBE SER REVELADO.
ESCANEA EL CÓDIGO Y SIGUE LA HISTORIA ...



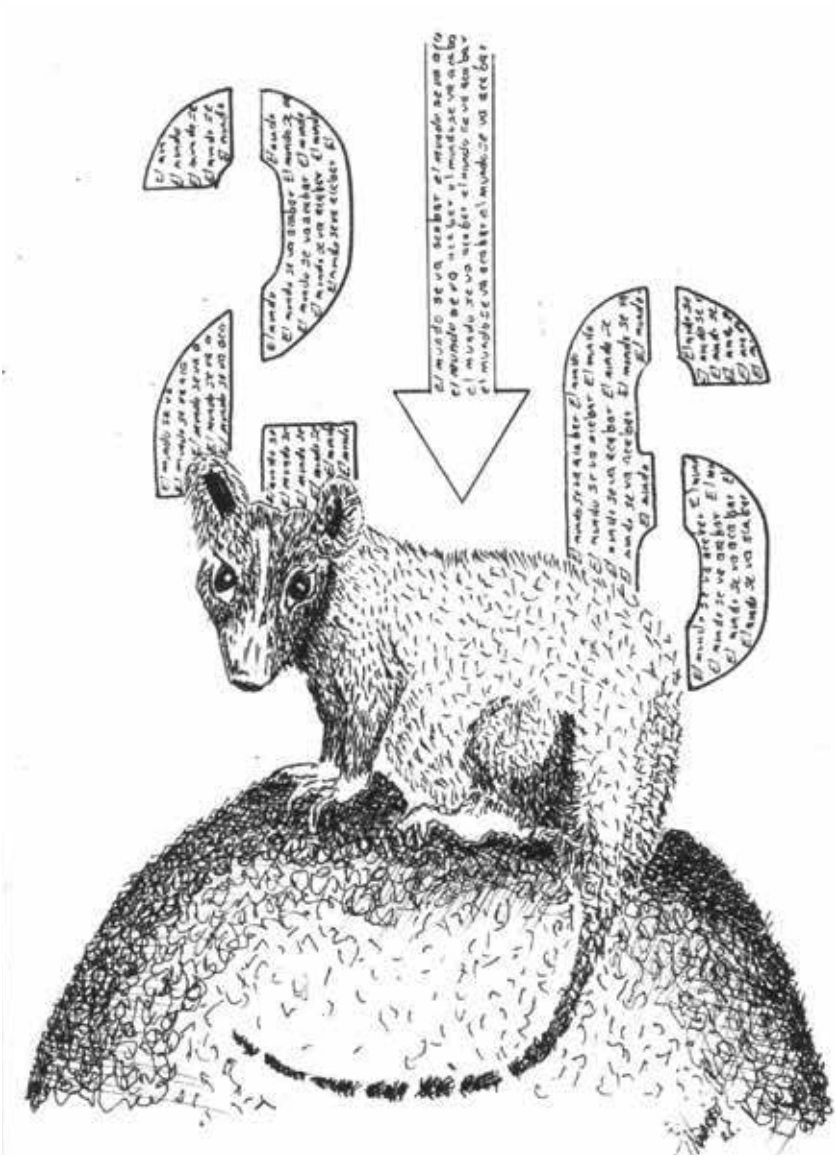
Respirar para conectar. Tepoztlán, Morelos, Jess MR



Punto de encuentro, Itzayana SGC



Cacomixtle letrado, Ignacio Navarro



Sariguella, el mundo se va a acabar, Ignacio Navarro



Y en ese momento, cruzamos miradas, somos parte del mismo universo. Tepoztlán, Morelos, Jess MR



Tu partida dejó esa huella, esa huella que queda marcada con recuerdos, con aventuras y reflexiones, fuiste el mejor compañero de vida y se queda algún día volveremos a encontrarnos. Te amo mi perrito Simba Revelo, Jess MR

Yaqui cuaja o cuaja

José Aristóbulo Ramírez Barrero

El día D: No había escapatoria posible, lo supe con certeza inusual al despertar aquella mañana. A esa mole pesada y sin gracia que era yo, majadero por naturaleza, chabacano en extremo, siempre de broma, de juicios temerarios y sin fundamento, y de una ignorancia supina en todo lo que tiene que ver con sutileza y trascendencia; a esa joya sin parangón le había llegado su San Martín, perentorio y sin apelación, el momento justo y preciso para ver más allá de sus ñatas, madurar, fructificar y traer a este mundo cruel, sí, pero también pródigo y maravilloso, a la pequeña Jacqueline.

Yaquicita, corazón de melcochita: A la pequeña Jacqueline, mi heredera y mi obra magna, la hija de mi alma en quien yo cifraba todas mis esperanzas de escribir un pasaje digno en el libro de la vida para así poder retirarme triunfante a descansar sobre mis laureles y presumir que ella, el portento que toda la humanidad aclama, la ingeniera, la química, la física, la inventora, la primera mujer que pisó Marte, el ser humano que hizo posible la vida en Júpiter, Jacqueline, la grande, Yaquicita corazón de melcochita, es mi primogénita, sangre de mi sangre, pasta de mi mole y gracia de mi insipidez. ¿Cómo la ves?

La batuta a punto: Así que, bajo una emoción desconocida, impulsado por esta resolución, sin dar margen ni oídos a consideraciones de ningún género, me alcé la bata, decreté de manera unilateral vacaciones para mí y para María Antonia, mi chata, mi mujer, desayuné jugo de borojó y coctel de camarones, ostras, chipi chape y caracol bañados en salsa picante, sintonicé un canal de televisión triple equis para entrar en calor y hecho un toro de lidia imposible de contener en su afán de aventar su simiente en tromba, con la batuta a punto, me di a la tarea de conducir, haciendo acopio de maña y destreza, cuerdas, vientos y percusión de nuestra orquesta, ora con emoción contenida, ora con frenesí desesperado, un, dos, tres, un, dos, tres, adagio, andante, allegro, presto con fuoco, hasta alcanzar la cumbre y… "No te vengas todavía, José Ignacio, contén el impulso, aguarda tantito mientras quito la película y pongo en su

lugar el cuarto movimiento de la quinta sinfonía de Beethoven en la versión del gran Arturo Toscanini, para que Yaqui venga al mundo impregnada de magia, poesía y genio".

La primera riada: Pero prosigamos con el negocio, Toña, que si al toro se le pasa el sofoco y la sangre se le cuaja en las criadillas, digo, en las venas… ¿En qué íbamos? Ah, sí, en las idas y en las venidas… En pocas palabras y para acabar pronto, íbamos en el presto con fuoco, en la cumbre y en la explosión de júbilo intensa y repentina que derivó en la primera riada de esperma, tempestuosa y fructífera, en la primera descarga sin anticonceptivos en las entrañas de mi mujer, un chorro proverbial capaz de embarazar a once mil Antonias, lo digo con conocimiento de causa y si los cronistas no mienten.

Otra riada y muchas más: Claro que con semejante riada bastaba y sobraba, pero… ya que los efectos del desayuno no habían mermado y el deseo mutuo seguía estrujando, ¿por qué no aprovecharlo para un segundo embate y así quedar tranquilos respecto del éxito de la misión? –palabras de mi Toña, quien además de ser celosa en el cumplimiento de sus deberes, es perita en minimizar riesgos–. Al oírlo yo me emocioné a tal grado que, fuertemente conmovido y tras una ligera vacilación, me despepité por satisfacer el requerimiento a cabalidad con sendas segunda, tercera, vigésimo octava y quincuagésima segunda arremetidas con sable, daga y cimitarra, siempre con la famosa quinta de Beethoven trepidando y poniéndonos la piel de gallina, que dieron lugar a tres riadas más, la una más caudalosa que la otra, y a un estado de embotamiento de mi parte tal que al cabo del esfuerzo supremo no sabía ni dónde tenía las orejas.

Pero de Yaqui… ¡Nanay!: Todo muy bien, todo a pedir de boca, riada sobre riada y riada, riadas con arte, empeño y buena voluntad, pero… ¡Qué disparate!, báilenme ese trompo en uña. De la pequeña Yaqui, ¡nanay! Ni un átomo, ni una célula, ni un guiño. Tres meses de batuta, borojó, camarones, ostras, chipi chape, caracol, polvos, orgasmos, té de cascabel de culebra, quinta sinfonía, riada y simiente, y la muy remolona de mi hija nada que despuntaba. Caramba que la chiquilla se pasaba de esquiva

Sondeos recíprocos: Como debe por fuerza suceder cada vez que, sin motivo ni razón y tras superar innumerables contratiempos, se llega a un resultado desconsolador y las consignaciones efectuadas a la cuenta corriente mancomunada, abierta especialmente para la ocasión, no se traducen en intereses concretos en pro de la causa, hubo un momento en que mi chata Toña y yo nos sondeamos recíprocamente en procura de una cabeza de turco, nos pusimos nerviosos y sentimos cierto estupor y disgusto. En vano procuramos dorarnos la píldora y culpar de nuestro fracaso al borojó, a Toscanini, a las ostras y al mal de ojo, pero, a qué mentir, no había manera de ignorarlo, la fiebre no estaba en las cobijas sino en los que hacían el amor bajo ellas.

Yerma mi chata: A la sazón y luego de los consabidos no me lo explico si lo teníamos todo bajo control, si nos amamos, somos jóvenes y hemos hecho el trabajo a conciencia y conforme reza el manual, aunque nos doliera en el alma reconocerlo, tuvimos que bajarnos del sitial de honor, darnos por vencidos y aceptar a regañadientes, confesarnos a nosotros mismos no sin cierta reticencia, que la horchata de mi chata es macilenta y no tiene polenta, que mi Toña, con todo lo guapa que es y lo valiente y lo valiosa, la muy pilla, no nació para semilla, que es yerma, adversidad que por piedad no puede hacernos perder la confianza en nuestra bienaventuranza, no es el primer caso de esterilidad ni será el último, esa es la verdad, así que compartiremos entre ambos la carga larga y tiznada que nos anonada y exploraremos nuevas opciones y emociones para que Yaqui arribe finalmente y felizmente a nuestra vereda. Una de ellas puede ser la vía de la adopción, ah, chirrión.

La consulta: En todo caso y como mi chata y yo somos economistas y no expertos en temas de fertilidad, no sobraba consultar al respecto a un especialista en tales quisicosas para que ratificara o echara por la borda nuestro diagnóstico imprudente y concluyente. Lo consultamos y el muy pinturero, un doctor de apellido Zea que, sea lo que sea, goza de buena reputación en el medio en que se mueve, luego de cerciorarse en terreno, digo, en cuerpo, por sus propios ojos, no invalidó el concepto del todo, aunque, eso sí, con un gesto entre paternal y paciente dadas las circunstancias, introdujo en el mismo una variación tremendamente significativa.

Como una patada en el tafanario: Variación de género, por más señas, sujeto por sujeta. Bendito sea ese Zea. ¡Vaya si me cerró bien la jeta! El facultativo, luego de auscultar en detalle matriz, ovarios, testículos y órganos varios, pudo afirmar sin temor a equivocarse que el problema de fertilidad no es de Toña sino de Nacho, diagnóstico patibulario y tajante que, fácil es colegir, me dejó atolondrado y con el orgullo herido, echó abajo y acabó de tajo con mi virilidad y me sentó como una patada en el tafanario.

El problema es de munición: El diagnóstico de Zea versó así… «Hum… Ya me figuraba yo que el que en esta sonata desentona es el flautín. Y ustedes dos buscando con terquedad proverbial el muerto aguas arriba. Por eso no es aconsejable hacer conjeturas al buen tuntún y sin respetos de ninguna clase. Lo digo por experiencia. Ya entrado en gastos no ahorraré cumplidos. El problema aquí no es de quien recibe la descarga de plomo sino de quien dispara la ametralladora, pues quien dispara, lo menciono en estricta confianza, tiene su munición floja, mojada y debilitada».



De don Archi a un tal Oligo: De tal polvo, tal lodo. Y mis polvos… ¡Pucha! No podía dar crédito a mis oídos. ¡Qué golpe artero y demoledor para mi pobre humanidad agobiada y doliente! Ante tal revelación quedé tan cortado y confundido que me volví loco o me faltó muy poco. De la rabia eché espumarajos por

boca y nariz. ¡Conque esas teníamos…! Mi batuta, que yo reputaba como capaz de dirigir una orquesta de cuerdas conformada por las once mil vírgenes no daba ni para tocar conmigo mismo un solo de quena desafinado. Conque yo, que siempre me hice llamar don Archi, archiconquistador, archidemoledor y archidevastador, no pasaba de ser un simple oligo. Un oligospérmico debilucho, patético e incapaz... ¡Fúchila! Era lo único que me faltaba. Con esa música cruel, con esa tonada fúnebre me entierren.

Oligospermia severa, así se llama el animalito: Dos millones de guerreros son un montón, nadie lo pone en duda. Con apenas ochenta mil de su clase al mando de Subotai, los mongoles de Gengis Kan conquistaron los reinos cristianos de Georgia, Kiev, Novgorod, Moscú, Ucrania, las demás Rusias y todos los pueblos búlgaros. Y yo que tengo bajo mi enseña dos millones de combatientes bragados y feroces, dos millones de espermatozoides por mililitro de semen y un montón de mililitros como para llenar una cantimplora –bueno, una cantimplora pequeña–, soy un improductivo de solemnidad que despierto curiosidad, pero luego no la puedo satisfacer como es mi obligación de patriarca, soy una piltrafa humana aquejada de una condición clínica llamada oligospermia severa. ¡Oligospermia severa! Así se llama el animalito que gravita sobre mí y se complace en aguarme y apocarme la simiente con el único objetivo, retrechero y protervo por demás, de que mi Yaqui no cuaje como es debido.

Un macho ofendido en su virilidad: ¡Vaya, este chaco no es precisamente como para enternecer! La ira me ahogaba y lo echaba todo a perder. En ese instante de pena y confusión, conducta que no me honra, todo hay que decirlo, tuve la ocurrencia de atormentarme hasta la enajenación y de darme por vencido sin más ni más. Zea, cuya seguridad se basa en la paciencia, vetó mi plan y me hizo comprender con claridad meridiana que si Yaqui quería ver la luz del sol no era conveniente que Oligo José Ignacio adoptara tal actitud de macho ofendido en su virilidad.

Si Oligo José Ignacio permite que pongamos sus menudencias en una cucharita…: Es más, seguramente si Oligo José Ignacio no

se tomara el impase tan a la tremenda ni diera libre curso a su resentimiento, le pusiera el pecho a la brisa, mostrara firmes propósitos de enmienda y permitiera que su doctor pusiera sus menudencias en una cucharita o, dicho en lenguaje médico, si Oligo José Ignacio se dignara a participar en un programa de reproducción asistida…

¡Ni más faltaba que un titán como yo!: ¡Cucharita ni qué ocho cuartos, reproducción asistida ni qué espantapájaros bandido! ¡Tonterías! Una cosa es que, por albur, yo no pertenezca al equipo de los archi sino al de los oligo, y otra muy diferente que, en un acto de claudicación o arrebato de compasión conmigo mismo, me deje peinar de raya en medio y permita que el doctor Zea me siente en una camilla y me saque, a las malas, quién sabe con qué aparato y al arrullo de la música asquerosa de consultorio médico, dos millones de espermatoflojos para fortalecerlos mediante dosis ininterrumpidas de vitamina D y luego, una vez repotenciados, ponerlos en las trompas de Falopio de mi Toña para que los vergajos corran por su vida o mueran en el intento. Si al menos uno de ellos corona podríamos estar cantando victoria. No y no y no. Antes muerto que descolorido. ¡Ni más faltaba que un titán como yo caiga tan bajo!

Así mero rebuzné, pero mi chata rugió y puso la basura en su lugar: Así, con ese énfasis asentado en la dignidad a prueba de todo, rebuzné de lo lindo, rechacé la propuesta de Zea y me mantuve firme en mis convicciones, sin dar el brazo a torcer, hasta que mi chata, harta ya de mis monsergas de gallito fino –más enervantes de lo normal si se tiene en cuenta que el gallo es capón–, hizo acopio de valor, me mandó callar, puso la basura en su lugar y, más irritada que de costumbre, me hizo fo, rugió a sus anchas y sentenció… «Mira, Nacho. O permites que el doctor Zea te saque la esperma con pinzas y la ponga en el sitio indicado, o le busco a Jacqueline otro papá».

La treta dio buen resultado: Al buen entendedor pocas palabras bastan. La treta dio buen resultado. Esta amenaza, disparada a bocajarro por la chata de mis ensoñaciones, bastó para que yo pusiera punto final a mis entelequias, hiciera un rollito con ellas y me las comiera asadas con mazorca y mantequilla.

En cuerpo y alma: Más vale maña que fuerza. Ni que decir tiene que, al oír tales advertencias, después de sosegarme un poco, se terminó para siempre mi lamento inútil y comenzó nuestra batalla en el terreno de la reproducción asistida. Toña y yo llevamos seis meses enredados en tales lances, entregados en cuerpo y alma al asunto, y aunque todavía no pueda decirse que ha sido tarea útil y provechosa porque Yaqui no da trazas de asomar sus cachumbos de buena moza, los asomará tarde que temprano o dejo de llamarme Oligo José Ignacio.

Yaqui cuaja o cuaja: Los asomará. Me canso, ganso. De sobra lo sé yo, de sobra. Yaqui, la grande, cuaja o cuaja, estoy dispuesto a apostar a tal mis dientes y mis mientes. Cuajará, aunque, para lograrlo, mi chata y yo tengamos que plantar carpa en el consultorio del doctor Zea durante cinco años seguidos. Aunque, de no lograrlo con mis dos millones de espermatopillos, tenga que recurrir a los buenos oficios de un jayán esforzado, vigoroso y testosterónico, uno de esos carcamanes que arrojan más de veinte millones de bichos por mililitro como si cualquier cosa. Yaquicita, corazón de melcochita cuajará y escribirá un pasaje digno en el libro de la humanidad por ser la primera mujer que pisó Marte, el ser humano que hizo posible la vida en Júpiter, el portento que dio sentido a la vida de esa mole pesada y sin gracia llamada Oligo José Ignacio. Yaquicita cuajará sea como sea, Toña de mi ensoñación, sea como sea, doctor, Zea.



Ilustraciones por Brenda Terán

La niña que jugaba

Daniel Collazo

El día que llegamos a Gohinha eran más o menos a las cinco de la tarde, "desembarcamos" en la posada luego de un viaje de casi dos días —siempre en colectivo y desde Floripa a la posada en auto—. Un viaje muy tranquilo, como lo estábamos deseando con Lidia.

No hicimos más que quitarnos la ropa de viaje, un bañito para sacarnos la transpiración de casi dos días y ponernos las mallas. Así cruzamos la calle y tomamos el acceso a la playa de arenas abundantes. Fue darnos un beso de bienvenida y luego a gozar de esa playa con bastantes visitantes.

Descubrimos que en esa orilla y en nuestra área, por la ubicación de nuestra residencia, estaban los cuatro paradores con sus comedores en el interior. Diferenciados por sus nombres comerciales y otros detalles como las sillas de plástico con sus mesas con "parasol" con la marca de alguna cerveza; por último los mozos, garzones que le dicen, con sus uniformes de trabajo: remeras y bermudas principalmente, y algunos en ojotas, crocs y descalzos.

Con la caída de sol se mantenía la tardecita y la noche calurosa, no por el descenso de la temperatura –no sentíamos tal baja–. Un clima que invitaba, a pesar de la hora, a jugar con las olas. No hay situación tan excitante como nadar viendo solo la espuma de las rompientes.

El crepúsculo se extinguió, dejando la playa bajo un dominio de sombras que sólo se interrumpia por el parpadeo espectral de las luminarias. Cerca de la sombrilla de sus padres, los niños empezaron un juego macabro que entonces nos pareció inocente: enterrar vivo a uno de ellos. Recuerdo la figura de uno de los hermanos sepultado hasta el cuello, mientras la niña pequeña, en su afán de participar, arrojaba puñados de arena directamente sobre sus ojos abiertos. Nos retiramos con una extraña pesadez en el cuerpo, sin saber que acabábamos de presenciar el ensayo de una sepultura.

Nos fuimos ya afectados por el cansancio de no haber dormido por dos noches en camas propiamente dichas. De pasada compramos en el único almacén frente a nuestra posada, salchichas, pan "panchos", un pack de cervezas rubias y derecho a cenar con cinco cubiertos, disfrutar del segundo baño y el placer total: cervezas bien frías, como sólo los

brasileños las mantienen. Y así a la cama, mañana playa, previos mates con frutas que debemos comprar, algún fiambre, queso, pan lactal y de cereales. Nuestros desayunos-almuerzos de Lagoinha.

Salimos para la playa alrededor de las trece horas, nos encontramos en el patio común con Felipe, dueño del hotel. A pesar de no entenderle directamente y más cuando las palabras les salían a borbotones en brasileño.

Justo detrás nuestro salío la familia que había ingresado hace dos días, un matrimonio –esposo de nuestro Almagro, esposa y madre brasileña y dos criaturas canadienses– y escucharon la parloteada del Felipe y nos dijeron que decía que había desaparecido en el pueblo una niña de dos o tres años. Además, comentaba cómo estaba vestida cuando la perdieron de vista: malla completa, manga larga y capelina de color de fondo celeste muy claro con animalitos: gatitos, perritos, ositos de colores de contrastes sin dejar de identificar el sexo de la desaparecida.

Creo que los cuatro, nosotros y nuestros vecinos multinacionales, al unísono gritamos que la habíamos visto mientras jugaba en la playa con otros cuatro niños más grandes. Y entre los cuatro intercambiamos detalles de la nena que nos habían llamado la atención la tarde noche anterior, mientras el posadero nos miraba y escuchaba cuando le traducía Lía.

Casi instintivamente, Lía y su esposo Hugo abrazaron a sus hijos, Huguito de tres años y Lila de cinco añitos. Lo vi como un acto reflejo de protección. Nos saludamos y nos fuimos a la playa, no de la misma manera que salimos de nuestro departamento, por separado, Lidia y yo pensamos al unísono, sin decir agua va o agua viene, en nuestros nietos de Olavarría.

El paraíso de la Playa se había podrido. Un sector del arenal estaba cercado por la Policía Federal, presidido por una mujer de unos sesenta años cuya energía era casi violenta, una figura de mando que emanaba una autoridad oscura: la jefa de la Policía Civil. A su alrededor, el círculo de curiosos destilaba un veneno morboso. Las conjeturas eran patológicas; hablaban de redes de trata, de millonarios perversos y de cuerpos vendidos. Ese murmullo de alcantarilla me revolvió el estómago; no eran hipótesis, era un hambre retorcida de tragedia ajena que alimentaba el aire denso de la costa.

Había otros más positivos: “mientras que aparezca viva, que aparezca, no importa en qué estado y que el padre pague el rescate, debe ser de

plata, no por nada la secuestraron". Este es el nivel de conclusiones que me hacen "mal a la panza", según mi nieto, después de devorarse una tableta de chocolate. Para colmo, casi todas las deducciones reflejaban las últimas noticias, las que alimentan este interés malsano, retorcido.

Nos ubicamos lejos, no tanto como para poder seguir viendo –morboso yo–, pero lo suficientemente lejos para no escuchar. Vino Natan (joven del alquiler de "cadeiras y parasol) a colocarnos la sombrilla, pero salvo el saludo no dejamos prosperar ningún diálogo. Sabíamos que caeríamos en la charla obligada.

Tratamos de retomar nuestras vacaciones en todo su esplendor, mientras no dejabamos de observar esa área marcada por la autoridad. Me llamó la atención que la funcionaria –a la que adjudiqué como de la Policía Civil– comenzó a alejarse del lugar y comenzó a charlar con otros tomadores de sol. A medida que se acercaba a nosotros, escuchaba su voz ronca (la verdad que pensé: "voz de Velho Barreiro"). La playa no estaba a pleno sino pocas personas –muchas argentinas – a pesar del día radiante.

Traté de parecer indiferente al contexto y me senté en mi reposera de espalda a la policía, al contexto y mirar hacia el otro extremo de la playa. Me desconcentré de tal manera que Lidia me tuvo que avisar que a mi dorso me hablaba la civil. Me pongo de pie y me dispongo a escucharla, sus preguntas eran de rigor, de dónde éramos –ella anotaba todo–, cuándo habíamos llegado y también las obvias, si sabíamos por qué era todo el operativo, etcétera, etcétera, le mostré mi documento, pero ni lo miró. Así como llegó se fue, sin un puto saludo… me calienta la gente maleducada.

No se había alejado la policía cuando se acercaron tres o cuatro personas de sendas carpas, sombrillas y del bar de la playa vecinas, y otras un poco más alejadas. Sin más miramiento, sus preguntas fueron: "¿Qué te preguntaron?". Luego de bancarme el poco roce social o preabuso de autoridad, no me iba bancar otras pelotudeces, y en voz alta dije "¡Buen día!" y tambien les dije que era reservado, parte de la investigación. Creo que lo único que logré fue exacerbar más los ánimos retorcidos y, para colmo, nos sumaban a la historieta.

Ya sin más llegamos a la tarde sin dejar de pensar en la niña llamada Helena, pero evitamos hablar sobre el tema. Estuvimos sentados y alrededor de las catorce y media horas nos bebimos una cerveza fría con unas rabas o "lulas". Sin poder evitar que el mozo nos quisiera preguntar algo

y, al suponer que era por Helena, le dijimos que no le entendíamos nada.

Ya sobre las dieciocho horas, cuando el sol se va escondiendo detrás de uno de los morros, aparece en la playa un móvil tipo camioneta 4x4 de la federal y la primera que baja es la policía civil –ya confirmada como tal y a cargo de esta investigación–. Detrás de ella desembarcan, inclusive de la caja del vehículo, más policías y palas, y aparatos electrónicos. Seguimos, con Lidia, manteniendo distancia y con la idea que ya regresaríamos a nuestra morada.

Juntamos nuestras pocas cosas: mochila, bolso y las dos reposeras, y le avisamos al joven del alquiler de sombrillas que nos retirábamos. Para ello y a manera de ayuda tomé el parasol rojo con una leyenda que promocionaba la "Antártica", mi cerveza preferida. Primero retraje la parte de lona, luego desenganché los dos tramos, permaneciendo fijo a la arena el tramo inferior. Mientras mi mujer ataba la lona alrededor del asta, yo, para que se aflojara la parte inferior, meneé de un lado a otro el palo clavado en el piso para poder sacarlo fácilmente.

Mientras hacía este trabajo venía hacia nosotros Natan para llevarse el parasol. Repitió este movimiento dos o tres veces y luego tomó el asta y tiro hacia arriba. Al principio y por la poca luz no ví nada particular, la punta estaba húmeda. Pero justo en ese instante se prenden las luminarias de toda la playa. Ahora si veo algo como un trozo de tela. A prima facie no presté mucha atención, pero al ubicarme de otra manera, dejando pasar más luz veo que es tela y parece que es celeste, claro.

Lo primero que hace Lidia a mi instancia es llamar a la policía que estaba usando un detector de metales, y yo observo que Natan se había detenido hacía unos momentos y ahora se lanzaba a correr a toda velocidad en la dirección contraria de donde estábamos nosotros y la policía. Ahí le gritó a que se detenga, cosa que un uniformado escuchó y lo persiguió mientras daba órdenes a sus colegas.

La jefa civil llegó gritando órdenes y con una desesperación animal comenzó a escarbar la arena con sus propias manos. A medida que el pozo se profundizaba, el suelo cobraba vida de forma asquerosa: cientos de cangrejos pequeños empezaron a brotar de la arena mojada, una marea de pinzas que emergía de las profundidades. Finalmente, el pozo vomitó la verdad. Entre los restos del vestido celeste apareció el cadáver de la niña rubia. Estaba "bien muerta", con sus ojos claros fijos en la nada y sus labios rosados marchitos, devorada en vida por aquellas pirañas de la arena que habían convertido su refugio en una cámara de asfixia.

Llegaron los oficiales federales que quedaron en la playa –recordemos que los otros tres salieron atrapar al sombrillero-. Uno de ellos aparta amablemente a Lidia, a mí me saca de las manos la media asta y nos pide que, sin irnos de la playa, nos alejáramos unos metros.

Por fin –esos apenas dos o tres minutos parecieron siglos– apareció más resto de vestido que el cuerpito de la niña hermosa, rubia, de ojos muy claros, de labios rosados, pequeña, bien muerta, dado que su cadáver había sido –creo– devorado por esas pirañas de las arenas. Ya se habían sumado una ambulancia, médicos e instalado luces y algunas de las columnas pequeñas que se usan en estas circunstancias.

En las charlas de los policías entre sí, ya a través de intercomunica-



dores, uno consultó si les habían llamado a los padres, otros comentaron que estaban en Florianópolis con el jefe, supongo de los fiscales. La jefa de mala manera exigió la presencia de lo que acá sería el fiscal de la causa. Pero fuera de mi lógica y entre puteadas brasileñas, Irene, así se llamaba la inelegante jefa policial, vio por el sol artificial que reinaba la escena, un torrente de lágrimas y de mocos que su ayudante pretendía secar, diciéndole que iba a contraminar la escena.

Creí escuchar entre los insultos, nadie decía absolutamente nada, era un sentimiento muy compartido entre todos —incluidos Lidia y yo—, que creo que llorábamos tomados de la mano. Uno de los uniformados comentó que habían rescatado a Natan, queriéndose tirar de las rocas en el extremo de la playa.

Nos autorizaron a dejar la playa, que descansáramos (tan fácil decirlo). Pero mañana nos molestarían por los trámites legales pertinentes. Ese mismo policía nos hizo acompañar por un colega para verificar dónde nos alojábamos, pero sucedió algo que no habíamos pensado.

En la gente, ya en el corredor de la playa a la calle había algunos que nos consultaban si el asesino era Natan; ¿si les habían avisado a los padres?, ¿si el cuerpo estaba violado? ¿si el cadáver estaba entero? Y otras cosas que no entendí o no quise saber. El policía era quien respondía y creo que le daba más combustible a ese fuego de curiosidad y morbosidad. Llegamos a casa, nos abrió Felipe, sin necesidad ya que disponíamos de llaves entregadas por él al llegar. Pretendía preguntarnos, pero lo primero que Lidia le dijo en su portuñol, que no podíamos hablar del caso.

Esa noche desvelados, súper angustiados, sólo atinamos a llamarles a nuestros hijos y nietos, el tema era que faltaba minutos para la medianoche. Pero queríamos sentirlos o verlos mediante WhatsApp, sin explicar o contar nada. Así lo hicimos, con la excusa de que habíamos llegado muy bien.

A las ocho horas nos avisó Felipe que nos había ido a buscar un patrullero, en esta ocasión era un auto sedan de cuatro puertas con identificación de Policía Civil. Entramos a dar vueltas, sin saber ni conocer el área. Bueno llegamos, por fin, a Tertuliano Brito Xavier, 315, Canasvieiras, Florianópolis. Edificio moderno. Al bajar del vehículo policial, el chofer nos dijo en acento argentino: “vayan nomás, tranquilos”.

Otro funcionario nos recibió detrás de un escritorio, casi en la entrada. Nos presentamos, poca bola nos dio. Dijo que esperemos a que

nos llamarán. Pasaron pocos minutos, yo todavía no me había ubicado en tiempo y espacio de esa ¿comisaría? Donde escuchamos nuestros apellidos en brasileño con sus debidas variaciones fonéticas.

Con nuestro DNI en la mano entramos en una oficina, donde nos atendió un tercer oficial que nos invitó a sentarnos y de inmediato confirmó nuestros datos. Hasta tuvimos que mostrarles en internet nuestro domicilio, sacó una captura de pantalla y lo agregó al documento que hacía. Era alguien que maneja con solvencia el castellano, eso nos hizo sentir más cómodos. Y nada más. Cuando se levantó a saludarnos y licenciarnos diciéndonos que nos llevarían a Lagoinha, sin pensarlo, lancé: ¿ya aprendieron al asesino? Una vez que me escuché me sorprendí y temí meterme en quilombos al pepe.

El oficial nos hizo sentar de nuevo; su voz era un hilo de fatalidad. "No fue un secuestro", sentenció. Los hermanos, en un juego de inocencia criminal y hartos de que la pequeña los molestara, decidieron enterrarla. La oscuridad les impidió ver que la arena ya le cubría el rostro. La niña se ahogó en silencio, bajo el peso de sus propios hermanos, mientras ellos reían sobre su tumba. El terror no vino de afuera, no hubo monstruos ni redes de trata; el horror nació del juego, del descuido y de una arena que, silenciosa, decidió tragarse una vida ante la vista de todos.

Y así se empezó la búsqueda, en las terminales, aeropuertos, controles en rutas y todo lo que se hace en estos casos. Yo agregué: "¿y Natan fue cómplice de esto? El oficial me respondió: "no, nada que ver, él no se percató de esto hasta que usted lo llamó y como sabía del caso, aumentando más a sus propios fantasmas, por no haberse perdido ningún comentario del pueblo, ignorancia, miedos, ansiedades, cerveza y marihuana, que le quitó cualquier vestigio de racionalidad, sólo atinó a correr".

Mi mujer me toma de la mano, mientras se levanta, cuando me pongo de pie, le extiende el brazo para saludarlo y cortar de cuajo la charla (que para mí se estaba poniendo más que interesante). Mientras le apretaba la mano al policía, le consulté si podía saludar a la encargada de la investigación. Después de saludarme sale avisándome que espere para ir a ver si está.

Vuelve solo y con una respuesta a la medida de la Oficial Mayor Irene: "no tengo tiempo para perder". A manera de justificación nos

dice que Irene es un prócer en la institución. Definiéndola: “debe ser la única que no recibe sobre sueldos”.



Ilustraciones por Brenda Terán

La última palabra

Vanessa Montañés

El Gobierno anunció que era una medida temporal. Apenas una actualización del lenguaje para reducir el odio, mejorar la convivencia y evitar el sufrimiento. Nadie protestó cuando eliminaron las primeras palabras.

Desapareció "hambre". Después "guerra". Más tarde "desahucio". Si una palabra ya no existía en los diccionarios, tampoco podía aparecer en periódicos, libros o conversaciones.

La realidad seguía ahí.

Solo que ya no podía nombrarse.

Con el tiempo llegaron nuevas ausencias. "Tristeza" fue sustituida por "baja productividad emocional". "Pobreza" pasó a llamarse "desigualdad transitoria". "Muerte" se convirtió en "desconexión biológica definitiva".

Cada actualización hacía el mundo un poco más limpio.

Y un poco menos humano.

Los niños crecieron sin conocer aquellas palabras prohibidas. No podían preguntar por ellas porque jamás las habían escuchado. Si algo dolía, simplemente aparecía un mensaje en sus pulseras inteligentes.

Emoción no registrada. Continúe con su jornada.

Elena trabajaba en el Archivo Nacional de Términos Obsoletos, un edificio subterráneo cuya existencia era negada oficialmente. Allí dormían millones de palabras encerradas en vitrinas de cristal, como animales extintos.

Una noche encontró una caja sin catalogar.

Solo contenía una hoja.

En el centro había una única palabra.

Libertad.

La pronunció en voz baja.

No ocurrió nada.

Ni sonaron alarmas.

Ni cayó el edificio.

Sólo sintió algo que llevaba años sin experimentar.

Pensó por sí misma.

Comprendió entonces que las dictaduras nunca empiezan prohibiendo personas.

Empiezan prohibiendo palabras.

Y mientras exista alguien capaz de pronunciarlas, todavía quedará una posibilidad de volver a imaginar el mundo.



Ilustración por Brenda Terán

PALABREJA

Chapuza: Sustantivo (Del español chapuza ‘obra hecha sin arte ni esmero’.) f. Trampa, embuste. | hacer chapuza. loc. Hacer trampas. Término popular utilizado en México, Centroamérica y el suroeste de Estados Unidos para describir algo que fue hecho sin honor. Se usa coloquialmente. (Gómez de Silva, Guido, (2001) Diccionario breve de mexicanismos, FCE, México) [Recuperado https://academia.org.mx/consultas/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-breve-de-mexicanismos-de-guido-gomez-de-silva/alphaindex/r/4]

El Chapuzas

Cecilia Durán Mena

Le decían así por chapucero. Me caía mal, más que mal. De chico era un escuincle consentido, de grande era un tramposo de marca. A su madre le tembló la mano para corregirlo y a su padre le faltó fuerza para ponerlo en su lugar. Ya sabes el tipo de persona que es el Chapuzas porque de esos hay muchos. De los que siempre andan gorroneando los cigarros, los que te quitan el lugar de estacionamiento, los que se quedan con el cambio, los que no devuelven lo prestado. Son de los que se creen tan inteligentes y ni cuenta se dan de lo estúpidos que son. Era mi vecino.

Dicen que nació con los puños apretados y gritando fuerte, como si su primer acto de vida hubiese sido un berrinche. Llegó con los dedos cerrados pero con los ojos abiertos, como si estuviera azorado. Era un bebé grandote porque pesó más de tres kilos al nacer. Me cuesta mucho trabajo pensar que era una criatura bella, pero mi tía me cuenta que era lindo. Claro que a esa edad en la que comen y duermen, todos, hasta los burros son lindos.

Cuando creció, todo fue poniéndose feo. Más que sus rasgos, lo que le daba una apariencia fea, eran sus modos. Hubo algunas que hasta lo veían guapo, yo jamás. Así pasa, entre arrumacos de la mamá y mimos del padre, el nene se fue descomponiendo. En medio de tanta complacencia, el Chapuzas se empecinaba en mantener el alarido alto a pesar de que las disposiciones celestiales ordenaran que ya se callara. De niño, era como un tañido discordante, algo así como a lo que suena una desgracia, de grande peor. Cada juego en el que perdía terminaba en berrinche. Dáselo, ¿qué no ves que está chiquito? Déjalo, ¿qué más te da dejarlo ganar?

Si jugabamos a la guerra y no sabía contar los pasos, se tiraba al suelo a patalear; si no le tocaba el color que él quería, había que dárselo; si llegaba al último en las carreritas, había que simular que él era el ganador. ¡Ay, no pasa nada! ¿Qué más les da?, y así se le resolvían todos los problemas a el Chapuzas. Mamá interviniendo en los líos de niños; papá repartiendo justicia a favor de su hijo.

¡Ay, pobrecito, no le carguen la mano! Jueguen con él, ¿por qué son asi? Ya, no abusen y denle oportunidad. Esas eran las cantaletas de sus padres. Por eso, ya nadie lo quería llamar a jugar. Era el invitado incómodo de las fiestas infantiles. Nosotros lo queríamos atravesar con la mirada. Encima, era acusón. Había adquirido una personalidad dominadora, logró transformar sus berrinches en amenazas, a pesar de que era como una especie de arbusto cargado de frutos de imprudencia y sombra de habilidad. Lo que le faltaba para ganar, lo rellenaba con gritos, llantos y con lamentos. ¿Por qué todos pueden y yo no?

Sus soluciones siempre convergían en el mismo punto, un desacato a las reglas, a la razón, al juego y después, conforme fuimos creciendo, ese descomedimiento se desarrolló en atrevimientos demenciales. Nunca entendí porque no decíamos: ya basta. Arrastrábamos la mirada por el suelo y el agobio colectivo que provocaba su presencia nos llevaba a respirar cortito.

Lo curioso es que cada vez que alguien quería poner a el Chapuzas en su lugar, salía alguien a defenderlo. Los primeros eran su papá y su mamá, pero también sus tías y luego hasta sus primas. Incluso ellas, por las que no sentía nada de cariño, se ponían de panza y hacían lo que él les ordenaba.

Lo que pasaba en los juegos, se trasladó a la escuela. Cada tarde era una guerra para que hiciera la tarea. Nunca la quería hacer. Por lo general, eran sus hermanas las que la terminaban haciendo para no desobedecer a su mamá. Si la tarea salía mal, las reprimendas eran para ellas. Si mandaban llamar a los papás a la escuela, los señores regañaban a la maestra por no tenerle la suficiente paciencia. La gente terminaba cediendo.

Nunca lo he entendido. Fueron muchos los que se llenaron la boca de anécdotas en contra de el Chapuzas, muchos los que de tanto haberlo aguantado y haber experimentado el efecto de sus andanzas debieron haber actuado en su contra, sin embargo, lo defendían. Ya desde niño se preveía que sus chapuzas iban a coronar su destino.

Era como si el Chapuzas fuera un ser estrafalario mitad diablo mitad ángel. Atacaba a la gente con sus tormentas cuyas dimensiones

habrían desbordado todas las medidas de tolerancia. Para que luego sus propias víctimas olvidaran sus fechorías y cayeran redondos en sus brazos. En esos brazos espinozos, hay que reconocerlo. Creo que de tanto padecerlo, iban perdiendo fuerza. Pero, la intensidad de el Chapuzas no bajaba de tono. Decían, es que tiene mal carácter pero en el fondo es bueno. Ha de ser bueno en el fondo del mar.

Conmigo siempre fue malo. Una vez, me empujó tan fuerte que perdí el equilbrio y me pegue en la frente. Por eso tengo esta cicatriz. Me dieron más de siete puntadas. Nunca me ofreció una disculpa y terminé creyendo que la culpable del incidente era yo por haberlo provocado. Aún hoy, cuando me indigno, cuando oigo hablar de él, cuando lo defienden, se me enciende la cicatriz y me duele la cabeza. Eres fea. Ya eras fea antes de tener eso a media cara y ahora quedaste peor, me decía. Nunca reuní el valor de darle un empujón o un puntapíe.

Recuerdo todas las fiestas que se pasaba viendo a la gente bailar o platicar, parado solo en un rincón, fumando. Como algunas de mis amigas se acercaban, —las que todavía no lo conocían— y salían corriendo. Apretaba el vaso y se empujaba las cubas como si fuera agua simple. Ya borracho, siempre se quejaba de que no había tenido la infancia que le hubiera gustado. Imbécil.

Muchos se reían, otros chismeaban y podías oír un coro de críticas en su contra como si fuera el zumbido de un enjambre de abejas. A pesar de eso, siempre había un incauto que caía en sus redes. Alguien que le compraba algo falso o le daba un adelanto de cualquier cosa que jamás iban a ver, que les sacaba la participación a un negocio inexistente y yo no entendía que le daba motivo a la gente para creer en el Chapuzas si ya lo conocían.

Pero, mi abuelo solía decir que una cosa es ser listo y otra es pasarse de listo. Los listos caminan en el filito, los que se pasan se despeñan por el barranco del desprestigio, cometen un suicidio social. Y, claro que a toda capillita le llega su fiestecita. Siempre hay alguien más inteligente, más fuerte, más preparado que llegará a poner orden. Vendió un coche robado a una mujer que resutló tener la fuerza suficiente para meterle un sofocón y tirarlo de pompas.

No, no me refiero a que le haya dado un puñetazo, ojalá. Lo denunció y lo metieron a la cárcel. Y, yo pensaba, por fin, después de tanta chapu-

za, hubo quien lo pusiera en su lugar. Creo que en ese momento, mi cicatriz empezó a borrarse. Siempre he creído que alguien que le hace daño a la sociedad debe ser puesto a un lado. Y, me atoro de coraje con la gente que lo favorece. Por supuesto, cuando se supo que el Chapuzas estaba tras las rejas, hubo voces que sostenían que al pobre Chapuzas había que darle otra oportunidad, que meterlo a la cárcel era una exageración.

¿Oportunidad?¿A costa de quién?, les decía tan furiosa, porque esas actitudes me dan coraje. Yo pienso así, si una persona es maldosa, si hace daño con premeditación, si la alevosía es evidente y si no tiene pudor para tomar ventaja, lo más práctico y por el bien de la sociedad es encerrarlo.

Hubo quien me dijo: Pobre de el Chapuzas, que no ves que está roto, que nació destruido, que siempre ha sido el derrotado. ¡Qué nació roto ni qué nada! Se destruyó solo, nadie lo ayudó. Es un insensible, ¿que no fue El Chapuzas el que te tranzó? Sí, pero creo que hay que apiadarse y perdonar.

Elevo los ojos al cielo y siento que las manos me hormiguean y la cicatriz me vuelve a saltar. Quiero meter aire a los pulmones para inhalar profundo y exhalar. No, pues yo no. Yo no creo que haya que apiadarse de esas personas, eso va en contra del bien común. Tenerlo en las calles es tanto como dejar a un niño jugar con una pistola u ofrecerle una margarita a un alcohólico. Hay cosas que están bien y otras que no lo están, así funciona el mundo.

Los defensores de el Chapuzas me argumentaban que la peor tormenta puede convertirse en un día luminoso y el peor de los hombres puede transformarse. Nada es estático, hay quienes enmiendan el camino. Sí y hay los que han demostrado que no tienen intención de regenerarse. Por mí, que el Chapuzas se corrija en el infierno.

Me ven con ternura, aprietan la mandíbula y mueven la cabeza de lado a lado, como diciendo que no. Yo no los comprendo. Pero, lo que sí sé es que si le doy rienda suelta al desprecio, si alimento la antipatía y dejo que se convierta en tirria, odio y rencor, me comerá y me arrebatará todo. Empezando por la libertad de pensar por mi misma. Además, se me altera la cicatriz y yo ya quiero que se me borre.

adoro
PILATES

AMORES 949,
BENITO JUAREZ,
03100, CDMX

PILATES
NUEVO ESTUDIO



Síguenos y
reserva tu clase

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Jessica Mares Revelo
jess@porescrito.org

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño
Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
La reunión de los chaneques de cahual
Ciruela Cervantes

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Daniel Nawy Cid

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 7378 8336

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número sesenta y cuatro. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2026.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revista_porescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C

www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Toda la propaganda de guerra,
todos los gritos y mentiras y odio,
provienen invariablemente de gente
que no está peleando."

Homenaje a Cataluña
George Orwell

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir